

da en Madrid. He leído, en cambio, la primera parte, que trata de las tres provincias del Norte: Santander, Burgos y Logroño (la segunda parte describe Soria, Segovia y Avila). La «Gula...» tiene una virtud, aparte del profundo conocimiento que este escritor, nacido en el Burgo de Osma, tiene de su país, y aparte también de la indiscutible calidad y de la limpieza, a veces reacentista, de su prosa: describe una Castilla real y no una Castilla retórica, aunque el peso de la Historia en Castilla le esté invitando constantemente al lenguaje retórico. Y describir una Castilla real es, en un país como el nuestro, una operación política. Dice Ridruejo, por ejemplo, en una de sus páginas: «A veces hemos dicho a los amigos periféricos que se quejan de la castellanización de España o sujeción de las otras naciones a Castilla aludiendo al hecho, bien diverso, del centralismo: "Id a Soria, a Burgos, a Palencia, a Avila y veréis la gran vida que se dan vuestros explotadores"».

Dionisio politizó el acto de la presentación casi sin quererlo. «Estamos cansados de una España para gigantes —dijo—. Necesitamos una España acomodada al tamaño del ser humano, y desde la desesperación esperamos su advenimiento». Habló de «la Castilla desfondada pero prometedora, porque todavía hay en ella semillas y bulbos que no han podido desarrollarse». En el lenguaje de Ridruejo hay siempre resonancias de una historia personal que no trata de ocultar.

Antes de la cena tuvo lugar en el hotel Mindanao una breve rueda de prensa que versó especialmente sobre la situación política del país. Dijo que en España la demanda política es mucho mayor que la oferta: «En el país hay una clase política que aún no ha emergido». Un periodista le preguntó qué pensaba de las asociaciones políticas, y él contestó que quizá habrían sido útiles hace diez años, como entrenamiento al pluralismo. «La proliferación de asociaciones que hay en proyecto es un síntoma de una enfermedad que se ha incubado en la larga etapa del monólogo que hemos vivido». Le preguntaron su opinión sobre la Junta Democrática, y dijo que le parecía que estaba sobrepasada y que habría que ir a una alianza, mostrándose decididamente partidario de «la posible y forzosa unión de las fuerzas democráticas». Contestando a otra pregunta dijo que difería del señor Tierno Galván porque «él está a favor del socialismo de clase, y yo pretendo movilizar a sectores más complejos de las clases medias y proletarias no marxistizadas». Dijo que en un futuro democrático debería admitirse la presencia de Falange Española «siempre que no preconizara la violencia». Al preguntársele por su pasado falangista afirmó que no volvería a participar bajo ningún concepto en el caso de que se produjera un nuevo enfrentamiento entre españoles. Lamentó haber tenido que tomar parte en la guerra civil, un hecho irremediable

e irreversible que se hubiese podido solucionar dialécticamente. Y añadió: «La España dramatizante no es hoy más que un reducto. Excepto el caso aisladísimo de don Blas Piñar, todo el mundo dice que vamos hacia la democracia, y yo creo que se debe en gran medida a la prensa el cambio que se ha producido en los gobernantes».

Entre cuatrocientas y quinientas personas asistieron a la cena del Mindanao. Había dos ex ministros, Serrano Suñer y Ruiz-Giménez, y numerosas figuras del Madrid político e intelectual: Francisco Fernández Ordóñez, Jesús Prados Arrarte, Pedro Laín Entralgo, Eduardo García de Enterría, Fernando Álvarez de Miranda, Paulino Garagorri, Julián Marías, Manuel García López, Carlos Ollero, Jaime Cortezo y otros. Se leyeron las adhesiones de muchas personas. Citaré algunos nombres: Gabriel Cisneros, Miguel Delibes, Vicente Aleixandre, Torrente Ballester, José María Gil Robles, José María de Areilza, José María Ruiz Gallardón, etcétera. Con las adhesiones sucedió algo divertido. Los comensales dieron al acto un contenido totalmente informal que contrastaba, hay que decirlo, con el tono de seriedad y prosopopeya que algunos de los que hablaron después imprimieron a sus discursos de homenaje. Por ejemplo: los asistentes coreaban con voces de medio humorístico abucheo los nombres de algunos de los firmantes de las adhesiones recibidas, que leía el señor Martí Zaro. Hubo grandes risas y aplausos cuando, entre estos nombres, se leyó el de Ava Gardner.

Los actos de homenaje se parecen a menudo a una sesión necrológica, y no digo esto con ánimo de atribuir a Dionisio la condición de «difunto en vida» de que hablaba Larra. Lo digo porque se escucharon algunos trenos melancólicos, algunos períodos propios de oración fúnebre. Por lo demás, los discursos fueron, en general, políticos, pronunciados en un tono crítico de gran dureza para la situación actual; pero no faltó en ellos el tono literario que parecía exigir la personalidad del homenajeado. Tomaron la palabra el arquitecto Fernando Chueca Goitia, el profesor Prados Arrarte, don Antonio García López (a cuyo cargo corrió la «presentación en sociedad de la Unión Social Demócrata Española [USDE], de la que Ridruejo es cabeza) y los doctores Laín Entralgo y Vega Díaz. Se dedicaron a Ridruejo frases como «El perseguido por causa de la justicia», «el exiliado en su país», «el postergado y condenado al silencio». Los comensales aplaudieron entusiásticamente las afirmaciones en defensa de la libertad y de la democracia, y al agradecer el homenaje, Dionisio Ridruejo expresó su esperanza «de salir del abismo pantanoso en que nos encontramos» y su voluntad de hacer una política destinada «a devolver al pueblo su soberanía y no a sustituirle». Dijo que su postura era solamente «una más» de las que coincidían en la búsqueda de un futuro democrático para España. ■ LUIS CARANDELL.

VALLADOLID

El contrasentido de un festival

● «El Festival de Valladolid es en verdad una fiesta», aseguró el director general de Promoción y Difusión Cinematográfica al inaugurar la XX edición de la Semana de Cine vallisoletana. Y matizaría después: «Pero una fiesta especial para el estudio del arte cinematográfico, con sus proyecciones y conversaciones». Si; realmente tiene que ser una «fiesta» muy especial para que cuadre en el ánimo de una ciudad que se ve perturbada gravemente desde el 8 de febrero, el día en que el Ministerio de Educación y Ciencia decidió cerrar «ejemplarmente» las puertas de su Universidad, sin que todas las gestiones realizadas hasta el momento hayan tenido éxito alguno («el Gobierno no ha cambiado de opinión en relación con la medida que se adoptó en su día», acaba de remarcar el titular de Información y Turismo al término del último Consejo de Ministros).

¿Será entonces el certamen también una «fiesta» para esos ocho mil universitarios que han denunciado, una vez más —tras la reseña del citado Consejo—, «la desastrosa e injusta medida que, de perpetuarse, puede producir daños aún más irreparables que los que estamos sufriendo» y que quieren hacer partícipes a sus conciudadanos de que «en estos momentos la situación de los ocho mil universitarios es cri-

tica y requiere una solución clara e inmediata reapertura sin sanciones»? Cabe preguntarse asimismo cómo una actividad cultural (eso es, en principio y según sus más solemnes propósitos, la Semana de Valladolid) puede plantearse sin rubor en una capital cuyo principal foco de cultura ha sido cegado. Si tal como nos aseguran sus responsables «se convoca desde Valladolid a todos cuantos creen en el cine no sólo como en una elocuente fuente testimonial, sino como un instrumento para hacer más limpio, más bello, más digno de ser vivido, nuestro mundo», ¿por qué ese «testimonio» y ese «instrumento de dignidad» no se aplican, en primer lugar, sobre los problemas de la propia ciudad que alberga tal manifestación?

La única verdadera razón de ser de los festivales de cine —y eso lo hemos defendido siempre desde estas páginas— es la de enraizarse en el contexto político-cultural en que nacen, tratando de clarificarlo, de profundizarlo. Y ese contexto se halla, desgraciadamente, muy claro en el Valladolid de 1975: el de una colectividad traumatizada por una decisión administrativa que hasta un procurador en Cortes, el señor Sánchez García, ha calificado hace unos días como «no sólo un error, sino una ofensa para Valladolid». ■ FERNANDO LARA.

SEVILLA

La feria de una Andalucía en crisis

● Decididamente, estoy por pensar que los andaluces ofrecemos ante los ojos de España demasiadas contradicciones para que nos tomen en serio. Con ocasión de la Feria de Abril, y gracias a la generosa preparación artillera de Televisión Española, Sevilla ha dado, una vez más, ante el país la irreplicable imagen de una ciudad segura de sí misma, alegre, típicamente contenta, tocándole las palmas a todo. Durante los cinco días de la Feria, todos, hasta los más en el ajo, se han olvidado de los informes de la renta «per cápita» que hace el Banco de Bilbao, de la emigración, del paro. ¡Venga alegría, señores, que luego seguiremos con el mismo atraso!

«Es que la gente sabe que algo va a pasar, y se quiere gastar los últimos cuartos, beber y olvidar la

que nos espera», me comentaba alguien que llegaba del nuevo campo de ferias de Los Remedios, con los zapatos llenos de albero, el albero de Alcalá, que en Sevilla todo lo tapa, como una buena capa de los colonizadores castellanos.

Pero sin que nadie se lo haya propuesto, por vez primera la prensa local ha dado unas curiosas muestras de querer saber qué significa el dispendio o la inversión de la Feria —se admiten opiniones— en la economía local. Antes, cuando llegaba la Feria, los periódicos hablaban exclusivamente de «la capital mundial de la alegría», «la inigualable gracia de las sevillanas» y otras lindezas por el estilo. Con un fondo de farolillos oscuros, color crisis, este año la prensa local le ha metido el lápiz a la Feria, como un olivarero a quien no aca-